

«Estamos al principio. ¿Qué esperas?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

9. Compromiso

por Luigi Giussani*

Pero, ¿qué quiere decir comprometerse con un encuentro existencial, sino volcar sobre él las energías de la propia sensibilidad y de la propia conciencia, es decir, volcar en él nuestra humanidad?

Entonces el descubrimiento de Cristo como realidad decisiva, a la que unimos con todo nuestro propio mundo, nace como consecuencia de una *convivencia*.

Así pues, cuanto más siente uno su propia humanidad, cuanto más en serio se toma sus experiencias y más intensamente vive su existencia, más reveladora será la convivencia con la realidad histórica de Cristo del valor del encuentro que ha tenido.

Cristo se presenta con una pregunta; pero nuestra respuesta coincide con el reconocerle a Él como la única respuesta posible a nuestro camino humano. El compromiso en este camino es nuevamente condición para poder acoger y comprender el don que supone el encuentro con Cristo. Cuanto más sencillo es el hombre, más vive –quizá sin darse cuenta– ese compromiso: así fueron los apóstoles y los primeros discípulos.

Para el hombre la realidad es oscura, y sus ojos buscan la luz que le dé su sentido. La voz de un hombre dentro de la historia nos alcanza: «Yo soy la luz del mundo: el que me siga no caminará en la oscuridad»¹. En el océano de la historia emerge de improviso una Palabra que flota sobre todas las cosas y que da forma y coherencia a todo: «[...] Despunta el día y se levanta en vuestros corazones el lucero de la mañana»². Pero solo prestando atención, solo abriéndome al mundo y a esa luz, solo haciéndome sensible a aquel y disponible a esta, podré yo comprender que dicha luz es *verdadera*.

El eco de la propuesta de aquel Hombre y su verificación es la gran aventura de la vida humana. La gran aventura que hace de la vida y de la historia un camino colmado de sentido, en lugar de una disolución continua de instantes; la gran aventura que libera del sentimiento de inutilidad y se erige en la fuerza de la esperanza.

Hay un pasaje del Evangelio que reproduce magníficamente el drama de este diálogo entre la conciencia del hombre y la presencia de Cristo. «Al acercarse al pueblo donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió, y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: “¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando »

¹ Jn 8,12.

² 2 P 1,19.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 71-76.

» nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»³.

Aquel gesto del partir el pan vivido juntos resulta para ellos una hipótesis luminosa que explica el camino con ese inesperado acompañante; a la luz de este gesto «verifican» toda la experiencia de aquel encuentro.

Podemos, ahora, hacernos una sola pregunta: ¿cómo es posible que no hubiera surgido antes en ellos aquella hipótesis? Que surja la hipótesis es un *don*, es *gracia*.

³ Lc 24, 128-132.